

El sonámbulo de Verdún

EVA DÍAZ PÉREZ

Destino. Barcelona, 2011
352 pp., 17'50 e. Ebook: 12 e.

Nada más un par de páginas después de comenzar su relato, el todopoderoso narrador omnipresente en *El sonámbulo de Verdún* se dirige a los lectores para subrayar que “ya habrán intuido que ésta es una historia que va hacia delante y hacia atrás”. Ha de tomarse la advertencia como una delicadeza de Eva Díaz Pérez (Sevilla, 1971)



CARLOS MARQUEZ

para facilitar el progreso en la lectura de una novela que juega a fondo con el tiempo, a la vez que con el espacio, si bien lo hace sin exigir los agotadores esfuerzos que requieren, por ejemplo, los exhaustivos rompecabezas de Virginia Woolf y de muchos libros del modernismo narrativo.

Varias líneas anecdóticas ensambla Eva Díaz en su complejo relato. El título del libro obliga a considerar como la más importante la historia de un desertor checo del ejército austrohúngaro que muere en el frente de Verdún en 1916. El pausado recorrido de la bala que acaba con su vida, expresado con ritmo cinematográfico de cámara lenta, hilvana la novela entera, si bien se alterna con anécdotas de pareja importancia y hasta diría que interés. Entre otras, dos destacadas, la de un periodista que pasa de trabajar en los servicios de propagan-

da imperiales a convertirse en alucinado cronista bélico, y la de un subversivo artista experimental a punto de inaugurar en un museo vienés un “simulacro” que reflejará la locura de una época trágica.

Entre unas cosas y otras, la novela se llena con un documento impactante que abarca un siglo entero de historia, pues se encuentran referencias a hoy mismo, y a gran parte de nuestro continente, de modo que, en conjunto se convierte en reflexión y alegato europeo. En este diseño global entran variados materiales testimoniales, una parte de los cuales se vinculan con la literatura antibelicista de la pasada centuria, con las consabidas dosis de espanto. Al lado de esta raíz diríamos remarquianna, la autora dispone el jugoso contraste de una construcción de voluntad innovadora.

La referencia última de estos múltiples materiales se halla en una indagación crítica sobre el pasado histórico, la misma que

Esta novela cruda y escéptica, tremendista y reflexiva, revela una narradora cuajada que ha alcanzado una primera madurez creativa

preside la anterior novela de Eva Díaz, *El Club de la Memoria*, única que conozco de una trilogía de semejante enfoque reivindicativo, solo que desbordando en mucho el objetivo español. El propósito indica una sólida unidad de preocupaciones, pero en la materialización da ahora la autora un salto gigantesco. En *El sonámbulo de Verdún* liquida el lastre de sentimentalina y atenúa el moralismo y la divulgación pegadiza. Todavía tiene que exigirse más (¿qué falta hace que el protagonista viva en Zúrich encima del famoso Cabaret Voltaire donde alborotaba Tristan Tzara?), pero esta novela cruda y escéptica, tremendista y reflexiva revela una narradora cuajada que ha alcanzado una primera madurez creativa. **SANTOS SANZ VILLANUEVA**

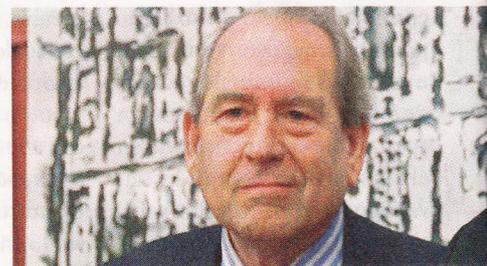
Las cartas del miedo

CARLOS ABELLA

Eutelequia. Madrid, 2012.
360 páginas, 20 euros

Cuando acaba la lectura de un libro como éste, *Las cartas del miedo*, de Carlos Abella, la primera consideración no se limita a releer los méritos que exhibe la solapa de quien lo firma: economista, autor de ensayos, biografías políticas y taurinas, que hace su primera incursión en la ficción para convertir los últimos días del régimen fran-

quista en su personal crónica novelada. Lo que sorprende y anima a reconsiderar los detalles de su escritura es la cuidada administración de todos los pormenores: por un lado, el realismo al que supedita el tono, las presencias que lo habitan, la estructura y la disposición del discurso narrativo; por otro la ficción, tan real, tan realista, que la mezcla de personajes reales y ficticios lleva a pensar que todo lo que no está tomado de la realidad funciona como si así fuese. Empezando por el marco de la acción, ubi-



JUAN CARLOS HIDALGO

cada en Madrid y fechada entre el 19 de octubre y el 22 de noviembre de 1975, días decisivos entre el final de un régimen y el impulso de un tiempo nuevo; y siguiendo con la perspectiva adoptada: un narrador protagonista, el joven periodista Fer-

Blues de Trafalgar

JOSÉ LUIS R. DEL CORRAL

Premio Café Gijón, 2012

Siruela. Madrid, 2012

170 pp., 15'95 e. Ebook: 9'49 e

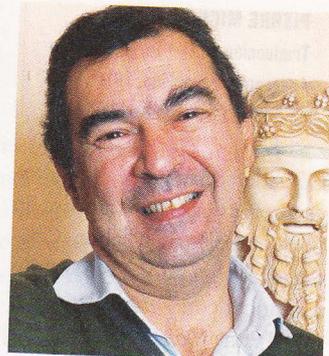
José Luis Rodríguez del Corral (Morón de la Frontera, 1959) ha construido una historia que posee varios flancos, relatada por Andrés, un narrador homodiegético que, ya pasados los 40 años, trata de ajustar cuentas con su conciencia y reparar una turbia actuación de su juventud que causó indirectamente la muerte de un muchacho. *Blues de Trafalgar* puede leerse, así, como un intento de redimir culpas, como una confesión cuya franqueza aspira a suplir el remordimiento por una acción que permaneció impune. Enunciada así la historia, y teniendo en cuenta el modelo de narración en primera persona, es obvio que sus planteamientos apuntan hacia el esquema de la novela psicológica. Pero hay otros aspectos interesantes, como el retrato de los cuatro amigos que participan en la fechoría y que presentan perfiles y aspiraciones

bien detallados. Todos ven con claridad lo que desean hacer en el futuro, de todos emanan altas dosis de idealismo, y parece que el súbito hallazgo de una considerable suma de dinero no hará más que allanar y facilitar sus respectivos caminos. Pero Andrés pasa unos años en Londres y, a su vuelta, todo ha cambiado. La situación política ha dado un vuelco, a su amparo ha florecido una casta de advenedizos preocupados sólo por el enriquecimiento inmediato y hasta los paisajes casi vírgenes de su juventud —las playas de Trafalgar y Zahara— aparecen invadidos por masas de turistas y por edificaciones apresuradas que han degradado el paisaje.

Lo más oportuno de este enfoque es que los cambios del paisaje juvenil soñado y recordado son indisociables de los cambios producidos en los antiguos amigos, cuyas ilusiones de antaño se han transformado en manifestaciones descarnadas del más desalmado enriquecimiento, monopolizando la producción de programas televisivos

en el canal autonómico, colaborando en la práctica de una arquitectura invasora que arruina los espacios naturales o brujuleando sin escrúpulos entre la nueva clase política que ofrece otras vías hacia la riqueza y el poder. La degradación personal y colectiva patente en una ciudad como Sevilla, que Andrés recorre una y otra vez en busca de vestigios de la Sevilla que fue, está llena de observaciones agudas, e incluso de algún testimonio profundamente crítico, como el de Matías —de estilo coloquial y vivaz bien captado—, que concluye su visión de la España actual con unas rotundas palabras: “Al que quiere trabajar lo crujen y al que no quiere lo ayudan” (p. 108).

Esta mirada crítica a una sociedad crecientemente degradada incluye, pues, a los personajes engullidos por esa corriente, de los que sólo Andrés pretende salvarse, aunque el egoísmo general y el afán de riqueza triunfan sobre la conciencia de culpa que arrastra el narrador. Como en una actualización de la historia quijotesca, la pureza de intenciones de Andrés es inviable en un mundo corrupto que ya no comulga con



JUAN FERRERAS

antiguos ideales. El retrato de Ana María con su inesperado comportamiento completa el desolador panorama.

Lástima que el proceso de conciencia de Andrés se manifieste con frecuencia en los pensamientos del personaje, que una y otra vez interpreta a los demás y los juzga, en lugar de mostrar sus comportamientos y dejar que el lector decida. Este procedimiento discursivo resta eficacia a la narración, porque pretende orientar al lector, lo mismo que las líneas finales (p. 169) en las que Andrés trata de resumir las diversas facetas de la obra (“una historia de venganza que no se consuma, de justicia comprada [...] El relato de un chantaje...”, todo lo cual se refuerza con una desacertada apelación al lector. **RICARDO SENABRE**

nando del Corral, será quien aporte la sensibilidad de un observador mediático para transcribir un histórico mes, que coincide con sus primeros pasos en el periodismo en un momento en que su periódico está librando una batalla por el control de la información, y hacia fuera se despliega toda una trama de jueces corruptos e infiltrados en la policía, que encuentra justificación en las fracturas que dejó la guerra, y en la expectativa ante el inminente futuro.

Ahora bien, es el artificio del testimonio de un asesinato el que ahorra la crónica periodística, social y política) novelada de esos días. Corral persigue el relato de

lo que fue su aterrizaje en ese oficio, que aparece reivindicado en sus valores sustantivos, relatando en pasado la investigación de un asesinato del que fue testigo, el de Eduardo Romero: republicano recién llegado a España de su exilio, personaje incómodo para muchos, a juzgar por el afán por encubrir las razones de su muerte. Su personalidad se reconstruye desde las cartas que le hacen llegar, “las cartas del miedo”, y van entreveradas en la acción exterior, sobre la que avanzan los días de este periodista que persigue hacer justicia desde sus crónicas, con el beneplácito del director adjunto de su periódico. Nombres

reales y situaciones ficticias vertebran la trama que no escatima recursos expresivos para documentarla con rigor: portadas y titulares de aquellos días, partes médicos de la enfermedad de Franco, cartas testimoniales...

Y en esa línea de guiños y atenciones para el recuerdo, el lector reparará en que, buscando ampliar el sentido de lo narrado, el libro se cierra con unas palabras que remiten al título, tomadas de *La voz dormida*, de Dulce Chacón: reivindicación y homenaje a los documentos epistolares, a su valor humano como testimonio vital y a su consideración de fuente histórica. **PILAR CASTRO**